

Encuentro Voluntariado Misionero

Santiago 27-28/11/2010

¡Abre, Señor, os meus olhos! Este fue el lema del último encuentro del Voluntariado Misionero *María Ana Mogas*, celebrado en la Casa Provincial de las Franciscanas en Santiago de Compostela entre los días 27 y 28 de noviembre.

Fueron dos días de convivencia y crecimiento de grupo a nivel cristiano, franciscano y humano. El tema central del fin de semana fue el de la Carta de la Tierra, entendida como una de las múltiples respuestas que, como personas comprometidas, damos a los problemas del mundo. Un mundo que sufre el desastre ecológico, las guerras y las crisis. Porque como seguidores del mensaje de Jesús, estamos llamados a trabajar por los demás, la creación y todas las criaturas que nos rodean.

El viernes fue un día de llegadas, de viajes, de presentaciones y reencuentros. Participantes llegados desde Madrid, Barcelona, A Coruña y, por supuesto, desde Santiago llegaban a la casa con ganas de cargarse las pilas, de vivir un fin de semana intenso y de compartir experiencias enriqueciéndose con las historias de los demás.

Llegó el sábado. Muchos habían llegado de madrugada y no se habían visto las caras hasta el desayuno. Después de las bienvenidas, era necesario romper el hielo. Había que empezar con fuerza. Sofía preparó la oración de la mañana con un mensaje claro: *Despierta y sal de tu ceguera*. Era una pista de lo que llegaría después. Tocaba traducir una vez más el mensaje del Evangelio, que es vida y trabajo con los desfavorecidos, que es compromiso con nosotros mismos y con todo lo que nos rodea.

Rosario, Sofía e Inma, a través de una explicación y posterior debate del grupo, presentaron la Carta de la Tierra. Una declaración de principios, que al igual que los Derechos Humanos o los Objetivos del Milenio, nos sirve como base teórica para comenzar el trabajo. O más bien, como la meta hacia la que debemos llegar, en un camino en el que nos sentimos llamados a cambiar las injusticias. Los talleres, conducidos por los veteranos del encuentro, sirvieron para trabajar en grupos reducidos en torno a los diferentes puntos de la Carta: el respeto y cuidado a la comunidad de la vida, la integridad ecológica, la justicia social y económica; y la democracia, no violencia y paz. Cuatro temas que son campos amplios de trabajo, áreas para la búsqueda de alternativas a la problemática de la crisis alimentaria, la pérdida de valor de la vida en el ser humano y la naturaleza, o la militarización creciente.

El proceso de trabajo y las conclusiones fueron más que positivos. El debate, la experiencia y la riqueza humana del grupo dio pie al mejor de los resultados. Al del “todos formamos parte del mismo barco y, con nuestra personalidad e ideas, vamos a transformar juntos las injusticias que nos rodean”.

En la tarde del sábado llegó el momento de bajar a la tierra lo aprendido. De ponerle rostro y voz al discurso teórico. De escuchar a personas que trabajan, en su rutina, con los más necesitados. El grupo visitó el Albergue de los sin techo, el Juan XXIII, que dirigen los franciscanos en la ciudad del Apóstol. Para seguir hablando de ese Evangelio de vida, los miembros del grupo presentaron sus experiencias misioneras en Benín, Marruecos, Mozambique o Argentina. Y también, la labor de todos aquellos que trabajan por los necesitados de nuestro país, de nuestra ciudad y de nuestra casa. Todos sacaron a la luz sus sueños, sus objetivos, su visión del mundo. Todos, en un ambiente de plena confianza, confesaron lo positivo que resulta formar parte de un grupo para trabajar y sacar adelante los proyectos de vida.

Para los que llegamos por primera vez a un encuentro del Grupo Voluntariado Misionero se nos ha abierto un gran abanico de posibilidades, un nuevo punto de referencia donde compartir y proponer actividades, donde formar y sentirse parte de esta Misión con mayúsculas que se nos ha encomendado y para, como concluía la presentación de la Carta de la Tierra, defender otro mundo porque realmente “es posible”. Pues si ya no creyéramos en la común unión de religiones y culturas, en que todos nuestros problemas y los ajenos tienen solución, o en que el credo de los cristianos no nos llama al trabajo solidario, no habríamos entendido nada ni podríamos decir, con alegría, que somos parte de la familia de Dios. La misma familia de la que formó parte la madre Teresa de Calcuta, Gandhi, Martin Luther King, o cualquiera de las cuarenta personas que, son ejemplo desde el anonimato, y hemos tenido la suerte de conocer este fin de semana.

Y por último, quisiera agradecer la buena acogida de las hermanas franciscanas, y especialmente, a Sofía, Rosario e Inma por su buena labor y acompañamiento del grupo, y también a la Hermana Provincial, como representante de otras muchas hermanas que han entregado su vida por la defensa de los más pequeños en riqueza económica, pero los más grandes en el amor del Padre y su familia.

Alejandro Rojillo